

que D. Fernando se viese rodeado de una inmensa turba de cortesanos que le adulaban; y los mismos que en la víspera no se hubieran dignado ni saludarle, á porfía le asediaban para obtener de él un apretón de mano, una palabra, una sonrisa siquiera.

D. Fernando era ya en la corte, no solo el favorito de la reina, sino verdaderamente el hombre á la moda.

Jóven, gallardo y apuesto hombre; de gran talento, poeta de agudo ingenio, D. Fernando no tenia necesidad sino de un gran teatro donde lucir, y el amor de la reina le habia abierto las puertas de la corte, y Valenzuela encantaba á las damas con su bizarría y arrojo en una lid de toros, y las fascinaba con su conversacion ó con sus poesías.

Los hombres mas sensatos respetaban sus sentencias, y los mas bravos espadachines procuraban evitar con él un encuentro.

Tan brillantes cualidades, alumbradas por los reflejos del poder, tornaron á D. Fernando en muy poco tiempo en una especie de sér privilegiado que no podia contemplarse sino al través de la atmósfera de prestigio que le rodeaba.

Las damas envidiaban á la reina su galan, y solo D<sup>a</sup> Inés de Medina devoraba en secreto sus rabiosos celos, y trabajaba incesante y sordamente para llevar adelante sus planes de venganza.

Apenas pasaba la impresion que habia causádo en la corte el nombramiento de caballero primero que la reina concedió á D. Fernando, cuando el marqués de Castel-Rodrigo dejó de existir y Valenzuela fué promovido en su lugar á la vacante plaza de caballero mayor.

El dia en que Valenzuela recibió este nuevo nombramiento, le anunciaron que D. Antonio de Benavides desea-

## VI.

De cuán acertadamente dijo el que dijo que *cuando Dios dá, dá á manos llenas*



I la privanza de D. Fernando era ya un misterio, ni el amor de la reina un secreto.

En el sistema de gobierno despótico, que si es sistema, llamarse puede *de favoritos*, el cambio de uno de estos validos, equivale al cambio casi completo del gobierno.

Uno dijo, que tratándose de absolutismo era preferible el gobierno de una reina al de un rey, porque conforme á la regla general, en el gobierno de un rey los que gobiernan son las mujeres que los dominan, y en el gobierno de una reina el gobierno está en las manos de los hombres.

Si esta reflexion se hubiera hecho en otro tiempo, quizá no existiria la ley Sálica.

D<sup>a</sup> María Ana de Austria se dejaba dirigir y gobernar completamente por D. Fernando de Valenzuela.

El miedo del duende habia desaparecido, pero en cambio Valenzuela habia heredado el nombre, y todos, en su ausencia por supuesto, le llamaban el duende, lo cual no impedía



ba hablarle. D. Fernando le hizo entrar, y Benavides se presentó casi con timidez.

—Grande fortuna es la mía—dijo Valenzuela—cuando puedo verte por mi casa.

—Temia, D. Fernando—contestó Benavides—que la altura á que has llegado te impidiese reconocerte.

—Mal me juzgas, Antonio, si tal piensas: tú eras mi único amigo en los dias en que era yo el hombre mas desvalido de la corte.

—Creia no serlo hoy que eres sin duda el mas poderoso.

—Burlando mi buena fé, Benavides, cuando te creí un sabio astrólogo, me auguraste que llegaría yo á ser grande, y ya casi lo soy: tu prediccion se ha cumplido.

—Espero que me hayas perdonado completamente aquella burla: llegaste á pedirme tu horóscopo: tú eras mi amigo, nada podia yo darte mas que ilusiones, ilusiones te dí, pues, y Dios ha querido convertirlas en realidad; yo, aunque te quiero, no te adulo, y puedes creerme: tú mereces tantos favores de la fortuna.

—Gracias, Benavides; el cariño te hace faltar á la justicia; ¿y qué piensas tú que me guardará el porvenir?

—¿Te burlas, Valenzuela! ¿qué puedo yo decirte del porvenir? tentado estoy á creer que aún recuerdas al astrólogo.

—Confesarte quiero la verdad, Benavides, aún lo recuerdo: dos predicciones escuché de tu boca; quizá las dos las pronunciaste sin conciencia de lo que decias, pero ambas se han cumplido.

—Tú has hecho fortuna en la corte....

—Y D. José de Mallades murió en el garrote.

—Es verdad—contestó melancólicamente Benavides.

—¿Y la desgraciada Laura?

—Hoy puedo ya confiarte este secreto, por si tú puedes alcanzar algo de la reina en su favor; D<sup>a</sup> Laura ha sido aprehendida por mí, de orden del padre Nitardo, nuestro protector, y remitida á México con encargo al virey de ponerla reclusa en un convento.

—¿Pero por qué causa?

—La ignoro completamente.

—¡Pobre Laura! yo la salvaré.

—Bien lo merece, es muy desgraciada.

—¿Y tú, Benavides, no quisieras algo para tí? no te he ofrecido que si el viento soplabá mi bajel en la corte, tú serias por lo menos piloto? ¿deseas algo?

—Sí.

—Pues habla, dime.

—Una sola cosa, que bien poco te costará concedérmela.

—Te juro que lo haré.

—Pues bien, tu amistad, y nada mas tu amistad, como siempre.

D. Fernando, con los ojos nublados por el llanto, tendió los brazos: Benavides se arrojó en ellos conmovido.

Valenzuela se sintió feliz al encontrar en medio de la corte aquel corazon tan noble y tan desinteresado.

—Bueno—dijo Benavides—¿qué demonio! ya sabes cómo soy yo con las personas que me quieren; tú lo has visto, les sirvo hasta de astrólogo: por S. M. y por tí la vida: mira, yo soy discreto y silencioso como un sepulcro....y no mas.

—Te comprendo—contestó Valenzuela.

Y porque no podia ya contenerse, Benavides salió precipitadamente de la estancia.

Los que lo vieron salir tan emocionado dijeron:



—Ese ha llevado ya un desengaño cruel con el duende. Benavides decia en su interior:

—Será porque quiero de corazon á D. Fernando, y porque aún no olvido la suerte del padre Nitardo, pero me parece que esto vá á tener un fin desastroso, ¡Dios no lo permita, porque tiene un corazon de ánjel!

Valenzuela decia para sí:

—Me alegro de que Benavides no me haya dicho lo que presiente acerca de mi porvenir, porque tiemblo ya de sus predicciones, y sin embargo, quizá este es el único amigo verdadero que tengo en la corte.

.....  
 D<sup>a</sup> Inés de Medina no cesaba de conspirar, y era todo su empeño reanimar á los partidarios de D. Juan de Austria para volver á los tiempos borrascosos de la lucha entre *austriacos* y *nitardinos*.

La rápida fortuna de Valenzuela fascinó al principio á todos los nobles, en tales términos que nadie se atrevió á combatirle: mucho se esperaba de él, y mucho se le temia, y por otra parte, no era lo mismo provocar el enojo de un anciano que no tenia mas armas que su breviario, que háberse las con un jóven que sabia como el mejor, dar una estocada ó manejar la lanza y el corcel de batalla.

Pero aún el orgullo de la nobleza debia sufrir otro golpe.

D. Fernando de Valenzuela, marqués de S. Bartolomé de los Pinales y caballero mayor, fué declarado por la reina, grande de España de primera clase.

D<sup>a</sup> Inés seguia alimentando un odio terrible.

Cuando una mujer se mira abandonada de su amante por una rival que vale menos, espera la venganza en la com-

paracion que la sociedad haga entre ella y su rival, espera el dia en que el amante desengañado confiese á su pesar, que perdió en el cambio: en fin, su misma superioridad le da el consuelo.

Pero cuando esa rival es una mujer superior, cuando ante ella la mujer abandonada tiene que bajar los ojos, entonces el sufrimiento es espantoso, porque no hay compensacion de ninguna especie, porque no solo hieren el corazon los celos y el desprecio, sino tambien la envidia, el amor propio ultrajado, el conocimiento de su propia impotencia, la desesperacion.

D<sup>a</sup> Inés se veia despreciada por la reina; por una mujer que ademas de ser una gran belleza, estaba rodeada de esa aureola brillante del poder; por la reina, es decir, por la primera mujer de la monarquía, y una mujer de tan delicado tacto, que no bajaba hasta la humilde esfera de D. Fernando para entregársele así entre el misterio como una mujer vulgar, sino que lo elevaba, lo ennoblecia para ponerlo en situacion de que fuera su dueño.

Para hacer rodar á Valenzuela era preciso que cayera primero D<sup>a</sup> Ana de Austria.

D<sup>a</sup> Inés comprendia que este era el camino de su venganza; conspirar contra la reina, herirla á ella, y despues D. Fernando seria una víctima fácil de sacrificar.

Felizmente para los planes de D<sup>a</sup> Inés de Medina, las circunstancias eran las mas á propósito.

Al niño rey Carlos II acababa de ponérsele casa separada de la reina.

Carlos era la terrible palanca para derrocar á la reina.

D<sup>a</sup> Inés necesitaba apoderarse del corazon de Carlos II.

D. Fernando de Valenzuela era el galan de la reina.



¿Por qué D<sup>a</sup> Inés no podría dominar al rey hijo?  
Poner en pugna á la rejeta con el rey menor de edad,  
era el gran problema.

Conseguir el cariño de Carlos II era el medio.  
Carlos II era casi un niño, ¿pero esto qué le importaba á  
D<sup>a</sup> Inés? Ella sabría despertar en aquel jóven corazon ig-  
noradas pasiones y desconocidos sentimientos.

¿S él era un niño, mejor: á un niño es mas facil seducir  
que á un hombre.

La empresa presentaba sus dificultades, pero no era  
irrealizable, y D<sup>a</sup> Inés estaba decidida á todo.

## VII.

Como D<sup>a</sup> Inés de Medina comenzó á dar traza de ganarse el corazon de  
un niño, y lo que alcanzó en esta empresa.

**N** el año de 1675 se le habia puesto ya su casa  
al rey. Valenzuela, como árbitro de todos los  
destinos, habia hecho los nombramientos á su gus-  
to; procurando y creyendo con esto, atraerse ami-  
gos y partidarios entre los agraciados.

El duque de Alburquerque habia sido nombrado mayor-  
domo mayor; el Almirante de Castilla, caballero mayor y  
el duque de Medina, sumiller.

Con estas personas que rodeaban al rey, y que debian  
naturalmente poseer su confianza; meditó unirse D<sup>a</sup> Inés  
para lograr sus planes.

El duque de Alburquerque era uno de los mayores ami-  
gos del marqués de Rio-florido, y como tal frecuentaba la  
casa de éste.

D<sup>a</sup> Inés, que no tenia ya interés en permanecer en pala-  
cio, solicitó separarse del lado de S. M. prestando una  
enfermedad, y Valenzuela con el deseo de verse libre de  
ella, porque le parecia un testigo importuno, influyó pa-  
ra que le fuese concedido sin dificultad.